

VARIA

Carlos R. Luis

Nota sobre la filosofía del lenguaje en Borges

Facultad de Filosofía y Letras (UBA)
cluis@filo.uba.ar

Resumen Siendo Borges un escritor que reflexiona sobre su escritura y sobre el lenguaje en general, estudio aquí posibles procedencias filosóficas de esa reflexión. Recorro algunos textos que tematizan el lenguaje y el pensamiento, recreados en ficciones o tomados en su potencial ficcionalidad. Encuentro así ciertos rasgos con que filósofos empiristas y sensualistas pensaron el lenguaje. Un primer rasgo: el lenguaje es analítico (Wilkins), pero ninguna explicitación de esa propiedad es coextensiva ni coincidente con el mundo simbolizado. Un segundo rasgo –también escéptico– es que el lenguaje no consigue dar cuenta del mundo en su fatal simultaneidad. Por último (Irineo Funes), aparece sintetizado en un relato fantástico lo imposible del lenguaje: poder nombrar cada cosa en su particularidad. Repensando a Locke, Borges sugiere: en las limitaciones de nuestro código reside nuestra capacidad de pensar y comunicarnos.

Palabras clave: lenguajes analíticos - filosofía del lenguaje - iluminismo - empirismo - sensualismo

Abstract Assuming Borges as an author reflecting on his own writing and on language in general, this article discusses possible philosophical origins of that reflection. Examining texts regarding language and thought, we find certain features coincident with those present in empirist and sensualist tradition. To begin with, language is analytic (Wilkins) but no explicitation of this property is coextensive with the symbolized world. Second: language cannot explain reality so far as it appears to our senses in its necessary simultaneity. Finally, in the character of “Funes el memorioso” we find summarized as a fantastic story one impossible task of language: that of naming each element of the world in its particularity. In direct reference to Locke, Borges suggests that in the limits of language lies the human competence of thinking and communicating.

Key words: analytic languages - philosophy of language - enlightenment - empiricism - sensualism

*Canto en la víspera tu crepúsculo...
Sé que las palabras que dicto son acaso precisas,
pero sutilmente serán falsas,
porque la realidad es inasible
y porque el lenguaje es un orden de signos rígidos*

J. L. Borges, "East Lansing", en *El oro de los tigres*.

1. Lenguaje y ficción

Desarrollo aquí la idea de que el núcleo filosófico de los textos de Borges, cuando el problema es el lenguaje, presenta filiaciones empiristas y sensualistas; tendencias representadas por Locke y Condillac respectivamente. De modo más general, encuentro en Borges rasgos del pensamiento iluminista, sobre todo de Inglaterra y de Francia, el mismo que marcó por más de un siglo parte del pensamiento americano. En efecto, Borges recuerda a su ancestro Juan Crisóstomo Lafinur como alguien "que trató de reformar la enseñanza de la filosofía purificándola de sombras teológicas y exponiendo en la cátedra los principios de Locke y Condillac" ("Nueva refutación del tiempo", en *Otras inquisiciones*, 1960).¹ La adhesión a esos pensadores se relaciona más con aquel paisaje intelectual aún vigente en la Argentina de la primera mitad del siglo XX que con un gesto personal de europeísmo.

Creo, por otra parte, que tienen fundamento aquellos críticos que apuntan la presencia en los textos borgeanos de otras concepciones filosóficas, bien diversas de las mencionadas. Ocurre, creo, que Borges no incluye estas cuestiones (lenguaje, tiempo, azar, infinito) sólo como memoria de sus lecturas de los

1. La nota preliminar, donde aparece la frase citada, está fechada en 1946.

filósofos, más bien parecen atraerle como artificio de escritor: un pensamiento universal contagia su universalidad a una historia acentuadamente local; una escena de violencia situada “en el sur de la provincia de Buenos Aires” se vuelve arquetípica por la evocación del asesinato de César. Y este, a su vez, se resiente en su solemnidad al ser aproximado a una venganza de gauchos (“La trama”, en *El hacedor*, 1960).

2. Tres lecturas

Elegí algunos textos para hablar de sus concepciones de lenguaje: “El Aleph” (en *El Aleph*, 1949), en el que veo la presencia de elementos sensualistas (Condillac); “El idioma analítico de John Wilkins” (en *Otras inquisiciones*, 1952), más explícitamente lingüístico, en el que Borges se compromete en la afirmación del lenguaje como sistema artificial de signos (y éste es también un debate de los iluministas). Por último, el relato del patético Funes (“Funes el memorioso”, en *Ficciones*, 1944), con sus tres vértices, lenguaje-pensamiento-memoria, repensados a la manera de John Locke.

La reflexión sobre el lenguaje enlaza los textos más diversos. No se trata de una actitud simplemente especulativa: a menudo refleja la inquietud de escritor delante de lo que constituye el material de su oficio, la palabra: un objeto contemplado así en su opacidad. En la concepción de Borges, la palabra no fluye transparente, es un obstáculo para atrapar lo real y en el lugar de esa fluidez está la denuncia de la imposibilidad de declarar el mundo. Por un lado, la riqueza del mundo, la variedad del mundo; por otro, el “orden de signos rígidos” con que lo pensamos: el lenguaje.

Si quisiéramos diferenciar momentos en su obra, podríamos ver el optimismo del primer Borges y el escepticismo, respecto del lenguaje que, paradójicamente, asalta al escritor maduro. Lo muestran las correcciones hechas sobre los poemas tempranos:² el joven que se vale de muchos registros (“y la luna atorrande por el frío del alba”), como si quisiese apropiarse de muchas vías para alcanzar el objeto; y el viejo que busca sobriedad y precisión (“y la luna perdida en el frío del alba”):³ en su última etapa Borges se rinde a las ideas generales, al lenguaje despojado de significados accesorios, aligerado de lo particular, local, pasajero.

2. Este es un tema de genética literaria, que sólo toco al pasar. El lector encontrará un detallado análisis de las reescrituras borgeanas en Lois (2001: 164-177).

3. Verso de “El general Quiroga va en coche al muere”, en Luna de enfrente, 1925. Confronto la versión de *Poemas 1923-1958* (Buenos Aires, Emecé, 1958) con la que aparece en *Obra poética 1923-1977* (Buenos Aires, Emecé, 1977).

3. El Aleph y la simultaneidad

La perplejidad ante el mundo está en su modo de darse. A nuestros sentidos, las cosas se ofrecen simultáneamente, pero el pensamiento nos impone la sucesividad del juicio; el lenguaje, la linealidad de la frase. El mundo es esa multitud de cosas particulares, nuestra memoria, en cambio, solo alberga las ideas cuando han sido traducidas a términos genéricos. Por un lado, hacemos sucesivo el “tropol de percepciones”; por otro, el olvido borra los matizados detalles.

“El idioma es un ordenamiento eficaz de esa enigmática abundancia del mundo”, dice Borges en un texto temprano (“Examen de metáforas”, en *Inquisiciones*, 1925). De la vieja división en sustancia y cualidades, que ha separado posiciones filosóficas, los empiristas y sensualistas privilegiaron las cualidades, los accidentes: lo que se ofrece inmediato a la percepción (“sustancia: ¿quién sabe si hay alguna?” pudo afirmar algún pensador de las Luces). El sustantivo, *puñal*, por ejemplo, no es más que una abreviatura “tercamente práctica” de *frío, filoso, hiriente, inquebrantable, brillador, puntiagudo*. La fantasía del escritor podrá suprimir ilusoriamente algún rasgo o podrá inventar nuevos, pero en lo fundamental la ley del lenguaje permanece inviolable: “el lenguaje es la díscola forzosidad del escritor”, concluye después; pero siempre, en esta etapa, sin dejar de inventarle neologismos (*forzosidad, arreglamiento, albriciando*).

Pensar el puñal es “ver” toda esa sucesión de cualidades de un solo golpe, porque aunque el lenguaje, sucesivo, nos haya impuesto la ilusión de que pensamos linealmente, el pensamiento sigue tercamente aferrado al complejo simultáneo de sensaciones: ¿cuántas de ellas se nos dan juntas en la síntesis que nombra el puñal? El principio de que las ideas, por provenir de los sentidos, que actúan en conjunto, se dan a la mente de modo simultáneo, es básico en el pensamiento de Condillac (1746, 1775). Un lenguaje *natural*, o de signos corporales, pudo ser posible, pero impediría la formación de ideas distintas. Estas sólo son posibles por la invención de signos *artificiales*, que por ser lineales, sucesivos, transmiten esa sucesividad al pensamiento; el pensamiento es discursivo por obra del lenguaje.

Si a alguien le fuera dado percibir de una vez todo, todo lo que se oculta en el pequeño mundo de casas, calles, barrios, puentes, retratos esquivos, mujeres amadas, amigos mediocres, poetas laureados, perspectivas planas, proporciones fatales, discontinuidades... es decir, todo lo que las palabras analizan; entonces a ese hombre le sería dado el Aleph.

Lo que los dioses niegan, los poetas mediocres lo consiguen; de ahí las series monótonas, las enumeraciones infinitas del personaje Daneri. Pero el personaje Borges ve el Aleph. Eso, claro está, no le sirve para escribir el gran poema cíclico. Sólo reafirma su perplejidad, y cuando tiene que contar su maravillosa percepción, simplemente se pregunta: “¿cómo transmitir a los otros el infinito Aleph, que mi temerosa memoria apenas abarca?”.

Y, en alusión a los límites del lenguaje, afirma como un iluminista modesto y resignado: “lo que vieron mis ojos fue simultáneo: lo que transcribiré, sucesivo, porque el lenguaje lo es”. Y por detrás de eso parece surgir una optimista exaltación de su condición de hablante: en los límites del lenguaje está mi fuerza de escritor.

4. Las lenguas universales

“El idioma analítico de John Wilkins” presenta los empeños de los buscadores de lenguas universales. Este breve ensayo explora la ficcionalidad de un tema no ficcional: las empresas de Wilkins, de Sotos Ochando, del Dr. Pedro Mata, son artificios tan ociosos como los de Pierre Menard. Pero aquí, el narrador no se muestra indulgente con los delirios de los personajes. Desconfiado de cualquier visión realista de lenguaje, Borges toma distancia de los inventores de lenguas perfectas y transparentes, de las palabras que nos descubran las cosas, y afirma seguro: “todos los idiomas –y aquí incluye los idiomas artificiales– son igualmente inexpresivos”. Desautoriza así a quienes vieron en la arbitrariedad del signo un defecto de las lenguas y quisieron corregirlo. “Inexpresivos” significa aquí “arbitrario” (término que Borges usa luego), que no hay en los signos del lenguaje *aptitud* por parte del significante para representar al significado. La misma existencia de diccionarios “que definen voces” –dice–, es prueba de que la palabra por sí sola es incapaz de expresar su referencia. En este punto introduce a Wilkins,⁴ como inventor de un idioma universal en el que “cada palabra se define a sí misma”.

Ese poder de la palabra supone un universo organizado en categorías (géneros, diferencias genéricas, especies) que son anteriores al lenguaje o que son su *a priori*. Y es este supuesto, más que las prolijas invenciones de Wilkins y otros, lo que se critica en ese ensayo. De ahí el punto débil de las clasificaciones: aunque los sistemas algebraicos de notación sean perfectos, las propuestas de clasificación no lo son, y acaban encontrándose con la arbitrariedad que quisieron desterrar.

Y, en efecto, Borges concluye: “no hay clasificación del mundo que no sea arbitraria y conjetural”. Y enseguida la explicación contundente: “no sabemos qué cosa es el universo”. Y una cita de Hume ve el mal de los ordenamientos jerárquicos del mundo no en la torpeza de las clasificaciones humanas sino en las jerarquías de dioses, y achaca la arbitrariedad del mundo a algún dios infantil y subalterno (haragán, decrépito, jubilado). Nuestra ignorancia del universo hace que sus clasificaciones sean “sutilmente falsas”. Además, si los proyectos de

4. El “verdadero” Wilkins (1614-1672) fue conocido por su fe inquebrantable en la unívoca referencia de las palabras. Véase Aarsleff (1983).

lenguas universales son vanos y equivocados por sus presupuestos (como vimos) más lo son en su pretensión de superar la necesaria diversidad de las lenguas naturales. Más aun, los resultados de esos intentos son “provisorios”, en expresión de Borges, porque el mundo ya será otro cuando un idioma lo haya por fin rotulado.

Casi al terminar la reseña de Wilkins, Borges nos sorprende en un paréntesis: “Teóricamente, no es inconcebible un idioma donde el nombre de cada ser indicara todos los pormenores de su destino, pasado y venidero”. El nombre, sin embargo, es reductor también por su necesaria actualidad, que es provisoria y utilitaria: como no percibimos el tiempo sino en el cambio, no hay lenguaje que no surja de silenciar el pasado y porvenir de lo que nombra. ¿Podrá Ireneo Funes ser un Wilkins nuevo y superado? Vamos a nuestro último recorte.

5. Ireneo o el elogio del olvido

Después de su providencial accidente, el humilde trenzador oriental se encuentra entre la dicha y la desdicha del superhombre. La memoria y la percepción, la exacerbada obtención de datos y el exacerbado registro le otorgan el don de la máquina. La fotografía, el microscopio, el registro de los sonidos, son prótesis creadas por nuestras limitadas facultades y testimonian al mismo tiempo nuestro ingenio y nuestra pobreza. Funes es un ser tecnológico, exhaustivo e inútil. El registro extremado es también su opuesto: la distracción paralizante. Le fue quitado el placer de descubrir con esfuerzo los secretos de un texto latino. La profusión de informaciones paraliza su acceso al sentido.

Como personaje, su destino literario es mostrar un imposible, es realizar una idea: aquella que “en el siglo XVII, Locke postuló (y reprobó): un idioma imposible en el que cada cosa individual, cada piedra, cada pájaro y cada rama tuviera un nombre propio”.

El texto de Locke dice: “Está más allá del poder humano forjar y retener ideas distintas de todas las cosas particulares que se nos ofrecen: cada ave, cada bestia que el hombre ve; cada árbol, cada planta que hiera sus sentidos, no podría encontrar cabida en el más amplio de los entendimientos” (Locke, 1690: libro III, cap. III, §§ 2-4). Borges lo reformula en pocas líneas. La materia de esos párrafos de Locke es la imposibilidad de que cada cosa particular tenga un nombre. “Si se tiene por un caso de memoria prodigiosa el que ciertos generales hayan podido llamar por sus nombres propios a cada uno de sus soldados”, sigue Locke (y Borges completa con la referencia a Ciro, rey de los persas) “fácilmente podremos encontrar una razón de por qué los hombres nunca han intentado dar nombres a cada oveja de sus rebaños, o a cada cuervo que vuela sobre sus cabezas, y mucho menos llamar por un nombre peculiar a cada hoja de las plantas, a cada grano de arena que vieran.”

Y Locke (o Borges) continúa: “Pero concediendo que eso fuera factible (lo que me parece que no), todavía conviene advertir que un nombre distinto para cada cosa particular no sería de gran utilidad para el progreso del conocimiento, el cual, aunque fundado en las cosas particulares se amplía por concepciones de orden general, a las cuales las cosas ya reducidas a clases bajo nombres genéricos, quedan sujetas”. Y sigue diciendo Locke: “Si ese idioma fuera posible sería, sin embargo, inútil, porque no serviría al fin principal del lenguaje [...]. En vano los hombres amontonarían nombres de las cosas particulares que en nada les servirían para comunicar sus pensamientos.”

Me pregunto si estas palabras del filósofo no eran el bosquejo de una ficción por escribirse: el hombre que carecía de ideas generales. Esa ficción es Funes.

6. Concluyendo: posibles e imposibles del lenguaje

La mente de Funes desafía esa imposibilidad y la supera. Volvamos al sorprendente paréntesis, al final del texto sobre Wilkins citado más arriba: “no es inconcebible un idioma donde el nombre de cada ser indicara todos los pormenores de su destino, pasado y venidero”. A Funes le parecía no sólo concebible, sino necesario: “le costaba comprender que el símbolo genérico *perro* abarcara tantos individuos dispares [...]; le molestaba que el perro de las tres y catorce [...] tuviera el mismo nombre que el perro de las tres y cuarto [...]”. Hasta el lenguaje abrumador de nombres individuales puede parecer insuficiente a una memoria capaz de contener las percepciones más triviales. Una memoria en la que no cabe el pensamiento; por eso dice, retórico, el narrador: “Sospecho, sin embargo, que no era muy capaz de pensar”.

Lo real del lenguaje, parece decir Borges, es lo imposible del lenguaje. Todas las lenguas, y por encima de ellas, nuestra capacidad de lenguaje, aparecen en esta parte de la reflexión borgeana vistas por lo que no son, pensadas en sus límites: traicionan la simultaneidad de las ideas, son artificiales y arbitrarias e imponen un pensamiento sólo capaz de generalizaciones. Pero aun así, el lenguaje permite, aunque sea en teoría, hablar de todo y, como vimos aquí, inclusive de lo que no es, del no-lenguaje.

Referencias bibliográficas

- Aarsleff, H. (1983): "John Wilkins", en *From Locke to Saussure*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- Borges, J. L. (2001): *Obras completas*, 4 tomos, Barcelona, Emecé, 12ª impr.
- Condillac, Étienne Bonnot de (1746): *Essai sur l'origine des connaissances humaines* (Edición consultada: *Ensayo sobre el origen de los conocimientos humanos*, trad. E. Mazorriaga, Madrid, Tecnos, 1999).
- (1775): "Discours préliminaire", *Cours d'études pour l'instruction du Prince de Parme*, t. I. (Edición consultada: *Oeuvres complètes de Condillac*, t. V, París, Ch. Houel, 1798).
- Locke, J. (1690): *An Essay Concerning Human Understanding* (Edición consultada: *Ensayo sobre el entendimiento humano*, trad. E. O'Gorman, México, Fondo de Cultura Económica, 1999, 2ª ed.).
- Lois, E. (2001): *Génesis de escritura y estudios culturales*, Buenos Aires, Edicial.